

mezquindad, que no podía resolverse á dejar unos zapatos viejos. En cuanto se le hacia un agujero, hacia que un zapatero le pusiese una pieza, y los continuó llevando durante cuatro ó cinco años. Por último, fueron ya tan grandes y pesados, que fueron el objeto de una espresion proverbial. Decíase en Bagdad para dar á entender una cosa abultada y pesada: es como los zapatos de Abul Kasin.

Un día que aquel hombre se paseaba por los bazares de Bagdad, se llegó á él un amigo que acababa de recibir de un mercado de Alepo unas botellas á bajo precio.

—Compradme la partida, le dijo, las guardais algunas semanas, y podreis revenderlas con una ganancia considerable.

Esta proposicion le pareció bien á Abul, y compró las botellas por sesenta dineros, y las hizo llevar á su casa.

Tenia otro amigo Abul Kasin que acababa de recibir agua de rosa de Yesis.

—Si quereis puedo cedérosela á un precio ínfimo, le dijo, y mas tarde podeis revenderla por el doble de lo que os ha costado.

Abul compró tambien el agua esencial, llenó con ella sus botellas, y las puso sobre un estante en su cuarto.

A la mañana siguiente Abul fué al baño. Cuando ya se había desnudado, uno de sus amigos le dijo riendo:

—Kasin, déjame cambiar de zapatos, porque estos son muy pesados.

—Como gustes, respondió el avaricioso Abul.

En el mismo instante el kadí ó juez de la ciudad llegó tambien á tomar el baño. Cuando Abul volvió á tomar su ropa, buscó sus zapatos; empero, no los encontró, y viendo en su lugar un calzado nuevo, pensó que su amigo había hecho el cambio de que había hablado. Sin mas formalidades, se apoderó alegremente de sus zapatos nuevos y volvióse á su casa. Por desgracia había cogido los zapatos del kadí, el cual, habiéndolos hecho buscar en vano y no encontrando mas que los horrendos zapatones de Abul Kasin, pensó naturalmente que éste le había robado ó querido burlarse de él.

Le hizo comparecer ante su tribunal, y sin querer escuchar su justificación, le condenó á una multa y muchos días de prision.

Cuando hubo recobrado su libertad, Abul Kasin se dijo: estos desgraciados zapatos son causa de que haya padecido tanto; me han deshonrado, y los arrojé con rabia al Tigris. Dos días despues, algunos pescadores que habian tendido sus redes en el rio, al sacarlas descubrieron los zapatos bien conocidos en Bagdad. Uno de ellos los cogió para devolvérselos á aquel á quien pertenecian. Como la puerta de Abul Kasin se hallase cerrada, los echó en el cuarto del avaro por una ventana que estaba abierta. Los pesados zapatos cayeron sobre la tabla donde estaban colocadas las botellas con el agua de rosa, las derribaron y se hicieron pedazos, perdiéndose toda la esencia.

Al entrar en su casa y ver la nueva desgracia que tenia que sufrir, Abul Kasin se arrancó la barba y los cabellos, lloró y maldijo de nuevo sus zapatos: es preciso que me libre de ellos, dijo: voy á enterrarlos en un rincon de mi casa, y no volveré á verlos. Durante la noche púsose á abrir un agujero en la tierra. Sus vecinos, oyendo ruido, pensaron que minaban los cimientos de su habitacion. Se levantaron con terror, fueron á casa del kadí para manifi-

estarle su miedo, y el kadí hizo prender nuevamente á Abul, y no le soltó sino despues de haber pagado una nueva multa.

De vuelta en su casa, mas triste é irritado que nunca, Abul Kasin, cogió con furia sus funestos zapatos y los lanzó al canal de un serrallo. Algunos días despues notaron que no corría el agua en el canal, y los obreros encargados de limpiarle reconocieron que estaba obstruido por los zapatos de Kasin. De nuevo fué encarcelado y condenado á una fuerte multa.

Despues de este nuevo infortunio, Abul desesperado cogió sus zapatos, los lavó, los colocó en la azotea de la casa para que se secasen y en seguida reducirlos á cenizas; pero saltando un perro sobre la azotea, cogió uno de los zapatos con los dientes, y le dejó caer. El fatal zapaton cayó sobre una muger que se hallaba en aquel momento bajo su casa, y la hirió gravemente en la cabeza. Su marido se quejó, y Abul Kasin fué otra vez condenado á prision y á multa.

Esta vez, no sabiendo ya cómo libertarse de su abominable calzado, Abul le cogió en sus manos y se presentó delante del kadí, y habiéndole contado todo lo que le habia sucedido:

—Os suplico, le dijo, que recibais mi declaracion, y espero que todos los musulmanes aqui presentes me sean testigos de que en lo sucesivo no habrá relacion alguna entre estos zapatos y yo. Deseo un testimonio constante de que si estos zapatos causan todavia algun accidente, alguna desgracia, no seré responsable de los perjuicios que causen.

El kadí se divirtió mucho con esta relacion, y entregó el testimonio que deseaba al desgraciado Abul Kasin, junto con un regalo que le hizo.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

VIAGE DE LOS PIRINEOS A PARIS.

BURDEOS.

Hemos atravesado rápidamente las Landas, de que hemos hablado en el número anterior á nuestros lectores. Ahora se camina al vapor; así se ven ciudades, aldeas, alquerías, sin tener, como en otro tiempo, que subir penosas cuestas, y se toma del paisaje lo mas bello. ¿Habrá todavia personas que se quejen? ¿Qué se dirá cuando se corra por la electricidad?

Llegamos conducidos por la noble máquina á quien da alma y vida el vapor, á Burdeos. La vista de Burdeos nos fascinó. Allí rueda con magestad el Garona, ese gran rio que semejante al Támesis es el camino movable que conduce á un centro comercial: el Garona, cuyas aguas se pasean en un semicírculo mas de una legua, y que hizo dar á Burdeos el nombre de Burdigala, nombre apropiado al puerto de la Luna. Este puerto abraza casi toda la estension semicircular del rio y puede contener mas de mil buques: es seguro, cómodo, y ofrece un golpe de vista sorprendente por el gran número de buques de todas dimensiones y de todas las naciones que echan allí el ancla. La anchura del rio enfrente de la Plaza real, es de 660 metros, su profundidad

AÑO XVIII. 29.

es de 6, y en el máximo del reflujo de 12. En todo tiempo pueden arribar á él los buques de 500 y 600 toneladas: los de mas porte se ven obligados á dejar una parte de su cargamento en Blaye ó en Pauillac. A una de las puntas del puerto se encuentra el soberbio cuartel de Chartrons, en el centro está la Plaza Real en forma de herradura á la margen del Garona, y el sitio del castillo ó palacio Trompette, reemplazado ahora por un cuartel nuevo, establecimientos de baños y buenos paseos: á la otra punta está el astillero. A lo largo del Garona se han construido malecones sin parapetos ó pretiles, que descienden con declive suave hasta

la orilla del rio, y en donde pueden descargar las barcas en todo tiempo. El malecon de Chartrons es una de las mejores calzadas que existen en Francia: se halla rodeado de casas que no guardan entre sí ninguna uniformidad, pero que no por eso dejan de presentar un conjunto tan agradable como imponente por su elevacion y la belleza de su arquitectura: su número asciende á cerca de 300, habitadas por ricos comerciantes, lo cual hace á aquel arrabal uno de los mas hermosos y opulentos de Europa. Las bodegas ocupan una gran parte de Chartrons y las hay que contienen 500, 600 y hasta 1,000 pipas de vino. A la estremidad in-



Marinero y vendedoras en Burdeos.

ferior del muelle se halla el molino de Chartrons, vasto edificio para moler 1,000 quintales de harina en veinte y cuatro horas por medio de cuarenta y ocho piedras que mueven de continuo el flujo y reflujo del Garona: pero como el depósito diario de las arenas y el légamo ha obstruido los canales, en el dia está destinado á fábrica de loza.

Las olas que han visto á Gen, Marmande, Larreola y tantas otras ciudades fecundas en recuerdos, y que han costado las áridas sábanas que se llaman las Landas, besan el pie de Burdeos recostado á lo largo de su orilla cual un gigante.

La posicion de esta ciudad es particular, estraña. Burdeos ve retratar la fachada de sus edificios en el Garona, como Venecia refleja la de sus palacios en las aguas del Gran canal. No es de frente como se mira desde luego á Burdeos, sino de perfil, lo que presenta un punto de vista monumental, y es una verdadera fachada, es una decoracion. Las decoraciones son todas de hermosa piedra.

Y desde luego, multitud de centinelas de millares de buques de vela, de vapor, de faluas, de naves, de barquichuelos, parecen guardar á la ciudad dormida. Llegamos de noche; solo algun ladrido de los perros resonaba en las calles,

y encontraba eco y respuesta en algun navío de intervalo en intervalo. Todo reposaba en aquel muelle tan activo, tan ruidoso y animado. Un arco monumental domina el río, y un puente que es un monumento único por la dificultad que presentaba su ejecución. Se compone de diez y siete arcos con fábrica de ladrillo y piedra de sillería, y se apoya en diez y seis machones y dos estribos de piedra. Los siete arcos del centro son de igual dimension, y tienen 26 metros y 49 centímetros de diámetro. La abertura del primero y último arco es de 20 metros y 84 centímetros: los demás son de dimensiones intermedias y decrecientes. Las bóvedas tienen la forma de arcos de círculo, y su parte superior es igual á la tercera parte de la cuerda. Sobre los arcos corre una cornisa de modillones ó canecillos de estilo severo. A cada punta del puente se elevan dos pabellones adornados con pórticos y columnas de orden dórico. El parapeto por la parte de la calzada tiene mas de seis pies de altura: la anchura de cada acera es de mas de 10 pies, y la de la calzada de mas de 45: la anchura total del puente es de unos 80 pies.

Burdeos en su exterior es magnífico; se divide en ciudad antigua y cuarteles nuevos. La antigua ciudad tiene algunas calles estrechas y tortuosas, plazas irregulares y poco espaciosas y casas bastante feas, aunque casi todas son de piedra sillería, pero los cuarteles nuevos llaman la atención por su gran magnificencia, muchos de ellos son notables por su arquitectura de la edad media, y lo pintoresco de aquella parte de la ciudad suele producir el efecto mas gracioso; situado cerca del Océano, Burdeos no podía vivir sino á condicion de tener un importante desarrollo marítimo. Se ha situado sobre la orilla izquierda del Garona, y ha podido sacar gran partido de lo ancho del río, sin que padeciese por ello en sus relaciones interiores, al contrario del Sena que divide á París en dos partes. Serían las diez de la noche cuando llegamos por el ferrocarril á la estacion de Burdeos, estacion llena de vida y movimiento, y en donde una multitud de omnibus aguardan el desembarco de los viajeros. Gracias á los rodeos que dió el carruaje, pudimos ver en aquella misma noche la puerta de Borgoña, ese arco triunfal erigido para celebrar el nacimiento del nieto de Luis XIV; la puerta gótica que se alza cerca de los antiguos fosos de Salimienes, la aduana y la bolsa, que se hacen frente una á otra, con sus líneas correctas y describiendo un semicírculo magestuoso. Despues pasamos por la calle de la Intendencia, la del Sombrero rojo, calle que seria de las mas hermosas del mundo á no existir en París la moderna de Rivoli. Echamos una mirada al gran teatro, y nos colocamos en un excelente hotel, el de Francia.

No se duerme mucho en una ciudad desconocida que se tiene deseos de visitar. Madrugamos y empezamos á recorrer sus calles, en las que vimos ya á aquella hora el movimiento de las gentes que marchaban al mercado, y de los vendedores de todo género, particularmente los de pescados, frutas y cocos, que van á gritos pregonando su mercancía. Las grisetas ó muchachas de servicio, salían con su traje de mañana y sus cabellos cuidadosa y elegantemente cubiertos con un pañuelo artísticamente colocado, y de una manera que ellas solas conocen, y que tiene alguna analogía con el que usan las jóvenes de las Provincias Vascongadas. Vimos judíos por todas partes que se acercaban á nosotros

preguntándonos si teníamos dinero que cambiar, ó ropa vieja que venderles. En ninguna parte sino en Bayona, se encuentra mas que en Burdeos tanto descendiente de Jacob. Les gusta mucho vivir en ciertas calles oscuras, estrechas y donde los muchos extranjeros apenas entran. Sin embargo, esto no es general: hay ricos negociantes y banqueros que tienen magníficas casas en las calles de Chantrons. Pasamos por la plaza de los Quincoces por mero paseo, en donde habia en otro tiempo el castillo Trompeta, paseo que hoy da, á pesar de los muchos árboles que contiene, muy poca sombra, y medimos con la vista las dos columnas rostrales que dominan el puerto. Estas columnas son de bella apariencia, y se encuentran perfectamente colocadas, lo que no sucede lo mismo con todos los monumentos. Sentimos no ver el castillo Trompeta, donde se alzaba aquella Bastilla de Burdeos que tuvo tan diversos destinos, y de que se posesionaron alternativamente los ingleses, los franceses, los de la liga, y que atacada por el pueblo en las frecuentes revueltas políticas, especialmente en la de los Gúitres, en 1541, dominaba á la vez la ciudad y el río, á cuya orilla bajaba, hasta que en 1789 cayó á impulsos del furor popular, siendo el eco de la ruina y de la demolición de la Bastilla de París.

Cuatro siglos han pasado desde que Burdeos pertenece definitivamente á la Francia. En esto pensaba yo al pasar por los Chantrons, donde pasó Dunois con gran pompa, cuando vino á tomar solemne posesión de aquella ciudad por el rey su amo. El tratado de la rendición de la ciudad de Burdeos y del país de la Guyena, bajo la dominación del rey de Francia, comprendia veinticinco artículos y estaba redactado con la mayor prudencia y moderación. Aquel tratado estableció un parlamento en Burdeos, y desde aquel tiempo Burdeos se unió íntimamente á la historia nacional de Francia. A su vez Francisco I, Carlos IX, Enrique IV, Luis XIV y Napoleon I, ocuparon aquel suelo de Chantrons, en donde habia habido tantas sediciones, porque Burdeos tomó parte en casi todas las grandes revoluciones de la Francia. Burdeos fué de la Fronda contra Mazarino, y ganó al marqués de la Meilleraye la batalla de la Bastida: Burdeos se insurreccionó contra su parlamento en la famosa conjuración de la Olmeda. Despues en 1659 protestó con las armas en la mano contra la contribución del papel sellado, y arrojó á los encargados de cobrarla, tocando la campana de alarma de la torre de San Diego. Siempre dispuestos á tomar parte en los sucesos políticos los bordeleses, se asociaron á la revolución, y dieron á la famosa Asamblea y á la Convención nacional, ese famoso partido de los Girondinos, tan notable por su elocuencia como por su moderación y desastroso fin que tuvieron en el reinado del terror. Dando en un principio opuesto, por efecto de su inquieto y móvil ardor, que forma el fondo de su carácter, fueron desaforados realistas en 1814. Las calles de Burdeos, hoy tan hermosas y pacíficas, se vieron ensangrentadas por los sicarios que proclamaban el absolutismo de los Borbones. Todo esto pertenece á la historia; ha pasado dejando recuerdos mas ó menos tristes. Lo que siempre nos deja gratos es la imperecedera memoria del hombre que ha hecho de Burdeos lo que hoy es, Alberto de Tourny, intendente en 1745, y cuya merecida estatua se alza en medio de una de las mas hermosas calles de Burdeos, que tiene su nombre.

Para formar una idea de lo que era antes Burdeos, no hay mas que entrar en los cuarteles extremos de la ciudad.

compuestos de calles estrechas, en que apenas penetra la luz del día, y que conducen hoy á la estación del camino de hierro del Mediodía. Alberto de Tourny era gran partidario de la línea recta, y sacrificó con frecuencia la gracia de los edificios á la cuerda y al nivel; empero al mismo tiempo poseía el sentimiento de la decoración arquitectónica. El fué el que hizo trazar las alamedas de Albret, la plaza del Cinna, la de Aquitania, la Real, y la de Bolonia: quiso además que

una magestuosa línea correspondiese al curso del río, y formó ese muelle regular que asombra la vista, y en que corresponde á cada ángulo de la misma plaza la aduana y la bolsa. El reconocimiento público ha consagrado el nombre del ilustre administrador, y nosotros hemos admirado su bella estatua, recompensa de los trabajos y beneficios positivos y materiales en que ninguna parte tuvo la política. El principal movimiento de Burdeos no está en la tierra, sino en el



Paseo de Quinconce en Burdeos.

rio; así es que nosotros tomamos una lancha para ver el aspecto que presentaba el Garona, que en el intermedio de la marea, rueda pacífico y magestuoso, y comenzamos á dar vueltas alrededor de los buques amarrados á una considerable estension. Nuestra lancha danzaba alrededor de aquellos inmensos navíos, ingleses los unos, americanos los otros, y los mayores pertenecientes á la Rusia. Vino á tocar al

lado de nosotros una lancha en donde iban seis grisetos de Burdeos, que pasaban el río cantando y comiendo dátiles al mismo tiempo. Llevaban el pelo en *bandós*, y cubierta la cabeza con un ligero pañuelo, cayendo elegantemente sobre su cuello: su vestido, parte fruncido por las caderas, dejaba ver su lindo pié, que calzaba un escotado zapato: su delantalito de seda parecía al que sacan las criadas en las come-

días. Fijaron sobre nosotros sus negros y rasgados ojos, con cierta malicia. La griseta de Burdeos es una especialidad de aquel pueblo: tiene cierta libertad en sus acciones y en su mirar: es coqueta y no lo oculta; tiene cierto aire provocador, unido al mismo tiempo á una dignidad natural, que

le sienta muy bien. No hay que buscar en ellas ni la confianza que inspiran las alemanas, ni la reserva que se encuentra en las del Norte, ni ese tinte de pudor que brilla en la frente de las rubias inglesas. La griseta de Burdeos no se alimenta de ilusiones; es viva, generosa, petulante, y además



Vista del gran teatro de Burdeos.

no ignora la importancia y reputación que tiene en todo el mundo. Preguntamos á nuestros barqueros dónde iban tan temprano aquellas jóvenes cantando, que nosotros creíamos que iban á pasear alegremente por el río. Nuestro barquero

nos dijo que iban á trabajar al inmediato pueblo de la Bastida, y que por la noche volvían también embarcadas, para evitar el paseo y rodeo de ir por el puente. Hablamos con entusiasmo á nuestro barquero de aquellas mugeres, cuya

fama era tan grande, y que escitan la atencion de los viajeros; y el barquero, meneando la cabeza, nos dijo que valian mas sus *portanieras*. Llamen *portanieras*, á diferencia de las *grisetas*, á las mugeres del pueblo, las quese diferencian en su trage y en sus modales, y tambien llevan un pañuelo en la cabeza, si bien colocado en distinta forma: las *portanieras* llevan todas un pañuelo azul, plegado al pecho, y una cruz al cuello. Se tienen en mas que las *grisetas*, cuya vida libre condenan, y tienen casi todas una pasion grandísima al juego.

Despues de haber dado una vuelta por el rio, nos retiramos de aquel animado cuadro, de aquella continua agitacion que reina entre la poblacion de los marinos, de los aduaneros y mozos de carga, para quienes el Garona es un elemento de actividad, para trasladarnos á un sitio muerto, inmóvil, silencioso y sepulcral, á las catacumbas de la iglesia de San Miguel.

Hacia un momento que habíamos visto el aire lleno para nosotros de risas, y de cantares, y gritaría que se causaba en todos los dialectos del Mediodía: ahora solo sentíamos el ruido sofocado de algunos pasos al bajar los escalones de piedra que conducen á la bóveda de San Miguel. El sol puede muy bien brillar con un ardor tropical sobre los encarnados techos de Burdeos, y trazar á lo largo del muelle un cordón de fuego: aqui la eterna noche espesaba mas su sombra, porque los que van á visitar las catacumbas acaban de dejar el esplendor del dia para penetrar de pronto y rápidamente en las tinieblas. La torre de San Miguel, independiente de la imponente iglesia de este nombre, como el *Baptisterio* lo está del *Domo* de Milan, podría ser llamado el Santiago de La Boucherie de Burdeos.

Resquebrajada, mordida por el tiempo, rota la corona de su cúpula por el rayo, toda llena de grietas que parece dar entrada al viento, causa pavor. No basta que sea una de las mas insignes reliquias del antiguo catolicismo: es preciso que sea un sepulcro donde los cuerpos conservan, en virtud de cierta propiedad desconocida hasta hoy, una suerte de mentida supervivencia y de inmortalidad en la muerte. Allí no existe ni esqueleto, ni carne endurecida y acartonada: los cabellos, los dientes, la piel negra ó amarillenta presenta una especie de falsificación de la vida: no es la vida sin duda, empero tampoco es la muerte. Aquellas momias tienen por la mayor parte actitudes convulsivas: la boca, los gestos, las manos, todo está contraído, porque casi todos los que están allí han perecido de muerte violenta, y parecen por la desesperacion de sus gestos querer hacer al que los visita testigo de su suplicio: la bóveda necrópoli los ha conservado mejor que la sociedad de su tiempo. Curioso sin duda es esto, y no hay un extranjero que se detenga un dia en Burdeos, que no pague su tributo de curiosidad y admiracion visitando aquel lugar siniestro; pero es preciso mirarlo pronto, no detenerse mucho, porque al cabo de poco tiempo la ilusion es completa: animándose uno con su propio movimiento, parece que se menean los músculos y se exageran aquellas contracciones. Allí vimos una familia entera envenenada, y un general atravesado y muerto en desafío: allí vimos tambien de pie, inmóvil, á uno de los patronos y fundadores de la iglesia de San Miguel, al que á costa de su fortuna habia enriquecido aquella iglesia y construido el magnífico púlpito, que es una de las preciosidades que se admiran en aquella iglesia.

Al salir de allí vuelve á respirarse el aire puro, y el alma sobrecogida de terror, vuelve á recobrar su serenidad.

La iglesia catedral, dedicada á San Andrés, hermoso edificio gótico del siglo XIII, es una basílica espaciosa á pesar de la falta de armonía y regularidad, que desluzca su mayor y mas hermosa nave de una anchura asombrosa. La del coro, mas elevada todavia pero menos ancha, es bastante regular, como tambien las naves laterales. La iglesia tiene de largo de una parte á otra mas de 660 pies. La nave del coro es una obra sumamente atrevida. Las dos grandes puertas laterales presentan por su parte interior gran regularidad y están perfectamente concluidas en las dos grandes ventanas esféricas que tienen encima. Se admiran tambien las dos agujas aéreas que se elevan sobre la portada exterior septentrional. Una torre de buen estilo gótico, llamada de *Payberland*, y separada de la catedral, la sirve de campanario. Despues fuimos á la iglesia de Nuestra Señora, una de las mas regulares y hermosas de Burdeos, fué reedificada en 1701. Se admira en ella lo atrevido, lo ancho, lo estenso y la elevacion de su nave principal, adornada con pilastras de orden corintio; el altar mayor, de mármol blanco, cuyo tabernáculo está adornado con un grupo de ángeles de aspecto aéreo y pintoresco: el púlpito de caoba, con la imagen de la Santísima Virgen encima, la fachada de la puerta principal adornada con columnas y pilastras de orden corintio y compuesto, y con esculturas muy bien ejecutadas.

Desde allí nos dirigimos á ver el edificio de que están mas orgullosos los habitantes de Burdeos, edificio que seguramente no posee otro la Francia, ni hemos visto igual en ninguna parte de Europa, el teatro. Es sin contradiccion el mas hermoso de Francia, y bajo ciertos conceptos, de toda la Europa: reúne todas las ventajas; arquitectura, situacion y bellezas exteriores é interiores. París, Londres, Viena, la Italia, Nápoles, poseen teatros mas espaciosos y bellos interiormente pero ninguno se aproxima á la hermosura exterior del de Burdeos. Fué construido en el reinado de Luis XVI por el célebre arquitecto Luis, en el sitio de un templo antiguo destruido en 1677. Está completamente aislado y ocupa uno de los frentes de una hermosa plaza cuadrada. El peristilo de bóveda plana, está adornado con doce magníficas columnas de orden corintio; el friso que se halla encima, está coronado con una balaustrada que sostiene doce estatuas correspondientes á cada una de las columnas. Las otras tres fachadas están adornadas con pilastras de la misma dimension y del mismo orden que las columnas del peristilo. El escenario, por su inmensa extension corresponde á lo grandioso del edificio, y no cede en grandeza á ningun teatro conocido. Sobre el vestíbulo hay un hermoso teatro ó salón de conciertos, de forma oval, distribuido en tres filas de palcos, y adornado con hermosas columnas estriadas de orden jónico. Una pieza para calentarse en invierno, y una magnífica galería de verano adornada con los bustos de los grandes maestros de la escena francesa, ocupan el resto de este hermoso edificio, con dos cafés y diversas habitaciones: fué inaugurado el 8 de agosto de 1780, con la mejor de las tragedias francesas, *Athalie*, representada tres dias consecutivos.

Una cosa llama la atencion, y se observa en la ciudad que tiene la pretension de pasar por la segunda de la Francia: Burdeos con sus magníficos edificios, con

sus suntuosos paseos y sus lindas calles, está sumido en el mas profundo silencio. ¿En qué consiste esto? En que la mayor parte de sus habitantes se halla dedicada al comercio, y durante el dia están sobre los libros de cuentas en sus mostradores, ó en el despacho de sus negocios. Además, ¿qué sirve la poblacion de Burdeos para una ciudad tan vasta? Necesitaria Burdeos para poder aparecer, lo que realmente es, tener el medio millon de habitantes que sobra á la capital de la Francia. Era menester, para formarse idea de lo que es Burdeos, haberlo

visto antes que el célebre Tourny le hubiera mejorado, ó bien compararlo con lo que fué cuando era el simple Burdigala de los romanos. Larga conversacion tuvimos nosotros sobre esto con un arqueólogo que nos ponderaba mucho á Burdeos, ora en tiempo de los romanos, ora en tiempo de los Plantagenets, dando á esta dinastía la preferencia. Achaque comun es de ciertos hombres el colocarse siempre entre lo pasado y el porvenir, y no estar contentos ni vivir nunca con lo presente. Nosotros creemos que Burdeos, si bien no es hoy la segunda ciudad de Francia,



Paisano y griseta de Burdeos.

porque no tiene la poblacion necesaria para dar vida y animacion á sus calles y á sus plazas, como la marina de todas las naciones del mundo la dá á su célebre Garona, es una de las mas alegres y de las mas risueñas poblaciones del imperio francés.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

EL ANOCHECER.

FRAGMENTO DE UN LIBRO INEDITO.

II.

Era, pues, una tarde de junio, en ese Mediterráneo de lenta ondulacion, de tranquila y cristalina superficie, que

le agita algunas veces, como si el inmenso lago quisiera recordar que su dulzura es voluntaria; como si quisiera decir á cuantos le habitan: puedo igualar en fuerza y magestad á todos los mares.

Un bergantin genovés cortaba á la altura de Oropesa aquellas aguas voluptuosamente juguetonas, favorecido por una brisa N. O., á la cual se mezclaba de tarde en tarde el sopro caliente del viento de las costas.

Cruzó junto al bergantin una barca pescadora.

Los pocos hombres que tripulaban la embarcacion genovesa, diseminados entonces sobre cubierta, llamaron gritando al patron de la lancha, que se acercó á fuerza de remo hasta tocar con su barquilla las planchas del bergantin. Mediaron entre los de arriba y los de abajo algunas palabras, y poco despues cayó un cofre de madera en la barca del pescador y una moneda de oro en la palma callosa de su mano. Un jóven se deslizó al mismo tiempo del bergantin á

la barquilla, y el barco genovés, tomando mar poco á poco, continuó muy luego su rumbo hacia Cartagena, mientras la ligera barca, izando su vela, la vela latina, caminaba rápidamente hacia tierra.

El sol comenzaba á ocultarse tras de las montañas, cuyos picos caprichosos protegen de los cierzos las floridas bahías de aquella costa. Perdíase poco á poco entre las brumas del horizonte el casco del bergantín genovés, y continuaba la barca pescadora su marcha ligera y suave, únicamente dirigida por un niño de quince años, cuyos pies desnudos se apoyaban en un cesto de mariscos. El patron de la barquilla, sentado tranquilamente en las tablas de la popa, reflexionaba sin duda sobre la inesperada ganancia de aquella tarde, mirando con disimulada curiosidad el rostro y el traje de su pasajero.

Era aquel nuevo huésped de la lancha un joven alto y moreno, que apenas frisaría en veinte y cuatro años; cubría su cabeza un sombrero bajo de fieltro, echado hacia atrás, como lo usan los marineros, y dejando descubrir una frente severa y despejada, muy en armonía con una mirada penetrante y modesta, que probaba en aquel hombre una prematura reflexión. A veces cruzaba por los ojos del recién llegado un relámpago de entusiasmo ó de alegría, que iluminaba toda su cara, y le imprimía un aspecto dominador; parecía en aquellos instantes que, seguido de mil embarcaciones, caminaba á la conquista de la dicha; luego se fruncía lentamente su entrecejo, como si desconfiara de sus propios pensamientos, y continuaba severo y mudo, de pie, en medio de la barca, recibiendo con ansia satisfecha aquellas ráfagas de aire perfumado y tibio, que la tierra mezclaba de vez en cuando á las brisas ligeras del mar.

Las olas aumentaban sus rizados sonoros, á medida que la lancha se acercaba á tierra; el Mediterráneo se mecía dulcemente en su lecho gigantesco; el sol se despedía de las aguas, lanzándolas los últimos reflejos, que besaban al bajar de las alturas la cortina de naranjos, higueras y granados, extendida en aquel sitio hasta la arena de una playa pacífica y desierta.

La barquilla, dominada como un juguete por el niño pescador, acortaba su marcha al entrar en aquel puerto misterioso, reservado por la naturaleza para la humildad de tal embarcación; y estasiado en el dulce silencio de la tarde miraba el incógnito viagero las flores silvestres, derramadas con pródiga riqueza por aquel jardín oriental.

Un gilguero, posado á pocos pasos sobre la copa de una palmera, lucía sus trinos flautados; las olas se empujaban afanosas en la eterna tarea de escapar á su freno de arena, y resbalaban despues suspirando, sobre sus perezosas hermanas. Nada interrumpía la calma grandiosa de aquel paisaje, cuyo perfume dilataba con inefable sensación el rostro del recién llegado, mientras se deslizaba de sus ojos una lágrima sola y desapercibida.

Tocó la barca el límite de aquella alfombra azulada que se agita continuamente entre Africa y Europa. Bajó al agua el patron, y arrastró la barquilla hasta encallarla en la arena. Pocos instantes despues estaba en tierra el viagero.

—Hasta mañana con el cofrecillo, gritó volviéndose hacia la lancha; y arrojando á su fondo una propina, penetró por el bosque de naranjos, como quien pisa terreno conocido.

Caminó algun tiempo con paso seguro, aunque ligero, oyendo sin volverse la música imponente y magestuosa que

se llama mugido del mar. Luego comenzó á variar de fisonomía, y poco á poco perdió su serena impassibilidad. Las precoces arrugas de su frente dejaron lugar á una candorosa sonrisa: su marcha se hizo rapidísima para cesar de vez en cuando repentinamente. Entonces cambiaba el joven de frente, y buscando entre los árboles un hueco, dirigía su vista hacia el mar, que limitaba con su azulada estension aquel melancólico paisaje. Despues volvía á marchar con prisa creciente; se paraba otra vez en cada recodo de la senda que atravesaba aquellas huertas, y escuchaba arrobado el canto de los mirlos ó el gorgojo de un ruiseñor, mezclado al susurro de los árboles. Parecía que aquel joven sereno se habia convertido en niño.

Anduvo de talsuerte hasta llegar á la primera colina. Allí se detuvo nuevamente; miró con éstasis melancólico la vegetación, que se ostentaba ante su vista hasta la misma orilla del Mediterráneo; vagó por sus labios una sonrisa de dicha, al mismo tiempo que otra lágrima, arrancada quizás por un recuerdo de la infancia, se desprendía de sus ardientes ojos; y con aquel paso incierto y desigual, comenzó á subir por la verde pendiente, pégando en sus rodillas con el sombrero que llevada cogido por el ala, mientras ahuecaba su cabello descuidado aquel viento singular y abrasador que habia notado en la barquilla.

Unas veces se inclinaba delante de sus pies para percibir el aroma de un jacinto silvestre, cuyo tallo se doblaba sobre la orilla de la senda; otras, recogía con íntima satisfacción esos rumores indescriptibles y suaves que pueblan la soledad de los campos; luego se paraba para juzgar por lo que habia caminado lo que aun le faltaba caminar, y comenzaba, sin saberlo él mismo, un canto pausado y cadencioso, parecido á los playeras andaluzas.

De pronto volvió la vista á su alrededor, como si le faltara alguna cosa en aquella esplendidez de luz, de aromas y de armonías; y su mirada, dirigida primero á todas partes con igual inquietud, se paró tenazmente en una de las blancas cabañas habitadas por los campesinos de aquellas huertas. Observó muy despacio la pobre y pintoresca casa; miró luego la de mas allá; se fijó despues en otra reducida habitacion, que ocupaba el centro de un cercado de cañas; buscó por último con la vista en todas las huertas, en todo; aquellos cuadros que se prolongaban entre el mar y la colina, ocupando el cuarto de legua que acababa de atravesar.

Ni un hombre, ni un niño, ni una sombra de persona se descubría en aquella estension, otras veces tan poblada.

Pacian acá y allá algunos caballos; se descubrian algunas vacas, cerca de la última casa; se oía la campanilla de una cabra abandonada al pie de la misma colina; pero ni un pastor, ni un guarda, ni un ser humano hallaba la mirada del inquieto joven.

Continuó subiendo con celeridad, porque el sol dejaba ya muy atrás sus pasos, y cuando al seguir las vueltas de la senda por donde caminaba llegó á encontrarse sobre el techo puntiagudo de una de aquellas rústicas y blancas casas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh! María.

Y su voz, estendida por la florida llanura, se perdió poco á poco entre el ruido de los árboles. Y cuando afanoso y conteniendo el vaiven de su respiración esperaba el ruido de otra voz, oyó tan solo el rumor magestuoso de las olas, que llegaba purísimo á la altura de la colina.